

de sus trágicos malentendidos un zumo de belleza, habría aceptado la ilusión de conciliar al mundo con sus pasiones.»

Espiritualidad y literatura: Una relación tormentosa. Una relación contradictoria. Escribimos «sin querer». Somos literatos, pese a todo. Juan Liscano no dejará nunca de serlo, y él lo sabe. Ese es, quizá, su miedo. Ese es el miedo de todo auténtico escritor. Con amor u odio, con paladeo o lujuria, la literatura viene muriendo desde siempre. ¿Cuánto durará? Nadie lo sabe. Tal vez dure mientras alguien se dedique a ver cómo se posan las palabras sobre un papel, dejando frases como raros insectos.—JUAN QUINTANA (*Pob. Abs. Orcasitas. Bloque 6, núm. 1, 1.º izq. MADRID-26*).

LA EDICION CRITICA COMO HISTORIA DE LA CULTURA

Se ha señalado repetidamente la necesidad de emprender ediciones serias de decenas de nuestras obras literarias. Muchos de los maestros de don Manuel Alvar, y de todos nosotros, lo han repetido con frecuencia y alguno se han puesto manos a la obra. Una obra que suele ser agotadora, pero no ingrata; llena de dificultades, pero no irrealizable. El primero en dejar constancia de ello y con su ejemplo fue don Ramón Menéndez Pidal; en este sentido, una buena parte de su trabajo sobre el Cid es hoy definitivo. Cierto que la investigación histórica ha avanzado, que hay tesis que pueden ser revisables, como todo lo es; que incluso algunos criterios ideológicos son para algunos poco correctos; pero su obra, en general, continúa siendo el recinto en donde uno tiene que lidiar con el Cid. Y precisamente gracias a él ya sólo con el Cid y no con su texto. Este trabajo silencioso y porfiado del erudito es el que nos permite leer el poema del Cid, el que nos permite memorizar los versos inolvidables de Ben Quzman; leer lo que de verdad escribió Garcilaso o intentar empezar a estructurar la génesis de obras con tantas variantes y tantos problemas como los textos de Quevedo. Este es el primero de los intentos de don Manuel Alvar, que él mismo confiesa en su prólogo: «Ojalá el ejemplo de Menéndez Pidal nos hubiera servido—mitología aparte—para que cada filólogo español hubiera intentado estudiar un texto, sólo uno, con el rigor y la técnica del *Cantar de Mio Cid*» (1). Podemos añadir que ese trabajo técnico está ya desde ahora aportado por lo que se refiere al *Libro de Apolonio*, quizá con la única salve-

(1) Manuel Alvar: *Libro de Apolonio*, Editorial Castalia, edic., pról., notas, tomo I, p. 18.

dad, que señala el propio Alvar, de faltar un vocabulario más exhaustivo. Sin embargo, este hecho queda minimizado por el rendimiento que ofrece el índice de concordancias. Otro problema, y de otra índole, por cierto, es el de la exigencia o la necesidad que sintieron los editores de que una versión en prosa actual figurara en una edición de este tipo. Ese índice de concordancia, sobre el que volveremos, ha sido hasta ahora olvidado con bastante frecuencia en las ediciones de nuestros clásicos (2) y, junto a otras recopilaciones léxicas, es método de trabajo que ofrece un gran rendimiento. En este sentido, si nos permitimos una pequeña sonrisa lingüística, diríamos que pronto va a dejar de ser morfema facultativo para pasar a ser constitutivo. De su uso puede deducirse no sólo la lectura de algo muy parecido a una gramática, sino también múltiples gestos ideológicos.

Y creo que ahora ya lo fundamental reside precisamente en esa última palabra. Con esta edición aporta Alvar a la crítica textual no un nuevo método, sino algo aún, a mi parecer, más importante, y es una nueva postura ideológica ante este tipo de trabajos. Es decir, que su propósito inicial de elaborar definitivamente una infraestructura filológica de trabajo, hasta cierto punto más o menos definitiva, queda desbordada aquí por la misma actitud del investigador. Hasta ahora habíamos entendido esta tarea como un recorrido minucioso sobre un texto utilizando patrones anteriores. Y algunos de los trabajos fundamentales de nuestra filología se nos antojaban a todos, aun reconociendo todas sus virtudes un tanto limitadas por la misma perspectiva escogida. Es decir, resultaban excesivamente limitadas y, por tanto, notablemente perjudicadas al ignorar otros múltiples aspectos de lo que es el estudio cultural de un texto.

La amplitud y profundidad que se han conseguido en el *Apolonio* quizá se deban no sólo al trabajo del investigador, sino también a su mismo carácter cultural. Recuerdo que hace años intervino en unos coloquios de estructuralismo en La Coruña (Coseriu, C. García, Díaz y Díaz, Alvar), y nos sorprendió con sus referencias a Nietzsche dentro de su ponencia sobre dialectología andaluza. Esa postura de humanista es la que le lleva aquí a intentar el estudio del *Apolonio* desde distintos puntos de vista. Y éste es su principal hallazgo y, sin duda, su mejor lección: la necesidad de una polisemia de lecturas críticas para entender correctamente un texto; llegar a emplear distintos métodos críticos para enfrentarse con las distintas parcelas que enmarcan la relación texto-contexto. Y en este sentido ya sólo los índices y la bibliografía son profundamente reveladores.

(2) Con algunas excepciones, como el trabajo de Waltman que cita el propio Alvar, página 10, t. III.

Asistimos así a lo largo de esta edición del *Apolonio* a una preciosa y asombrosa utilización de técnicas y métodos críticos. En cada momento del estudio se desarrolla la aproximación que se considera más idónea; es asombroso ver cómo Alvar conoce y desarrolla estas técnicas, desde el tradicional estudio de la fonética histórica hasta la consideración estructural del relato.

Y, efectivamente, el profesor Alvar, apoyado en la solidez de la formación filológica tradicional, utiliza el estudio histórico como método, pero también como plataforma para integrar la comprensión del texto en una lectura estructural de las formas de cultura. Decíamos que ya en buena parte la bibliografía anunciaba este propósito y los nombres de Lapesa y Malkiel, Curtius o Lausberg y la línea teórica que va desde Tóдоров a Prop, Barthes, Levi S Strauss, resumen los métodos de investigación.

Con Pidal y con Lapesa se centra el trabajo en el estudio histórico de la lengua hasta la constitución de la gramática histórica del texto, pero el método histórico tradicional queda completado aquí al incorporar el profesor Alvar el estudio del sistema fonológico del texto y un detallado estudio de su morfosintaxis, desde un estudio de la morfología del texto en comparación con sus paradigmas hasta la detallada enumeración de los prefijos y sufijos de mayor vitalidad en el campo de la creación de palabras, pasando por una exposición de los valores sintagmáticos del artículo hasta llegar a la consideración sintáctica de las formas, en relación con el corte en el sistema. Especialmente interesantes son las anotaciones de uso y valores de preposiciones y conjunciones. Pero, a pesar de todo ello, lo que se nos antoja más especialmente valioso por su aportación a la sintaxis histórica, el reflejo de las posiciones de las clases de palabras en el sintagma, para lo que debe de servir también de valioso complemento su trabajo en *Egipciaca*. Por otra parte, este primer tomo se inicia con la cuestión previa de la historia del manuscrito, al que, como tantos otros, aparece unido el nombre de Olivares, se plantea el problema de la librería de Zurita y su sucesivo caminar, con las lagunas lógicas, desde el convento del Angel de Sevilla hasta la biblioteca del monasterio de El Escorial. La copia de que disponemos la fecha Alvar h. 1390, pues el tipo de papel no aparece en Aragón hasta fines del XIV y el tipo de letra se extiende por los monasterios aragoneses hacia la misma época. Y en las ediciones se establecen dos etapas: la inicial de Pidal y Janer y la posterior de Marden. Si C. C. Marden es el punto de partida para la edición crítica del texto, lo es Klebs para la filiación y relación del libro con los manuscritos latinos. Los topoi van a servir de base para recoger las fuentes y

estudiar la génesis de la historia en la tradición grecolatina; reconocemos aquí los métodos de Curtius mientras que a continuación se inicia la discusión métrica, y un pormenorizado estudio de aquellos problemas que ya había tocado Hansen, Arnold y otros sobre la métrica del mester y los debatidos problemas del hiato y la sinalefa. Con excepción de muy pocos casos, que se estudian más adelante, es notoria la regularidad del verso alejandrino, con hemistiquios de 77 (regulares) y con la práctica normal de la diéresis cuando palabras distintas dejan vocales en contacto. Sobre la acentuación de los imperfectos retoma su tesis de que el autor de *Egipciaca* había acentuado en *-ié, -iá*. Son abundantísimos el mismo tipo de testimonios que aporta el *Apolonio*, frente a un número mucho más exiguo que no admite la traslación acentual. Estos materiales sirven al mismo tiempo para concretar la discusión de otros aspectos filológicos, tales como la forma monosilábica o bisilábica de algunas palabras como Dios, rey, etc. En este sentido es inapreciable el que Alvar no haya dudado en presentar la realidad del *Apolonio* frente a otros criterios sostenidos hasta ahora, al igual que no duda en aportar sus datos para corroborar o confirmar otras prácticas críticas, por ejemplo las tablas de la apócope, reconociendo que sólo se puede alcanzar seguridad en aquellas formas que por su reiteración y homogeneidad permitan hacerlas computables (en este caso, pronombres átonos *me, te, le, se, lo*, y adjetivos y adverbios *cuando, cuanto, como, cómo, todo*). Terminan por mostrar estos índices tanto el castellanismo del libro como una cierta modernidad. Al mismo tiempo se niega la tesis, bastante extendida, de que el *Apolonio* había sido copiado por un aragonés. Concluye Alvar que en el empleo de la apócope el copista debe adscribirse a la tradición castellana y, dentro de ella, quizá a la más conservadora. Y este apartado es importantísimo, pues se establecen fechas en relación con la restitución de las vocales finales en la lengua alfonsí (1276) y con la redacción h. 1250 del Fernán González. Termina por dejar claro Alvar que «si el poema fuera del oriente peninsular, el apócope tendría que ser muy superior» (3).

Esa precisión del filólogo en el tratamiento de los problemas textuales se libera de la erudición (necesaria hasta ahora, por otra parte) en el tratamiento estructural del relato, que es especialmente interesante en este caso debido a la dispersión de acciones que aporta lo bizantino, que enriquecen el desarrollo lineal para centrarlo en lo que se puede llamar ciclo de fases alternantes. Con frecuencia se había reprochado al *Apolonio* su dispersión, y lo que era en realidad

(3) Ed. Alvar, tomo I, p. 79.

una fabulosa libertad narrativa, la descripción de una realidad mítica, problemática y laberíntica, que ha aportado muchos materiales a la literatura posterior, se leía como una serie de textos unidos sin demasiado sentido. Parte Alvar de Prop, y aunque reconoce no siempre válidos los planteamientos del formalista ruso, utiliza para su análisis las técnicas de la ordenación formal, pues lo que interesa es ver cómo en la estructura narrativa del *Apolonio* «las esferas secundarias tienen entre sí estructuras semejantes» (4). Se completa así el tratamiento de la génesis y transmisión de la leyenda, desde los topoi homéricos hasta el reconocimiento estructural, ya intuyó Curtius que el *Apolonio* es una obra poco medieval y que supera incluso al original latino en la manera de establecer las conexiones de los hechos en el relato. Pero para llegar a la comprensión del poema es necesaria la búsqueda de un camino intermedio entre estructura e historia, como antes fue necesaria el estudio filológico para saber en qué había sufrido el texto en los ciento cincuenta años que mediaron entre la lengua del poeta y la lengua del prosista. Esos estudios de recopilación de la sucesión histórica del mito como el de Klebs, o el de Rodolfo Oroz, aparecen aquí completados con el estudio de los elementos folklóricos, al igual que se precisan las palabras de Homero Seris, que reconoce como fuente la *Gesta Romanorum*, pues de la comparación cotejada de ambos textos se desprende una correspondencia dual en la traducción, que llega a ser rasgo estilístico, como llegan a serlo aún más significativamente las paráfrasis amplificatorias, al igual que las ampliaciones revelan una actitud crítica e interpretativa que está ya muy lejos de su fuente.

Los otros dos tomos de la edición son el trabajo de Alvar para hacernos trabajar a nosotros. Aquí el deslumbramiento que produce la lectura del tomo primero queda sustituida por la sabiduría; su alta sensibilidad filológica se muestra en la versión en prosa al castellano moderno, que permite una mayor exactitud, pero quita sabor al texto y desvirtúa un poco la labor del poeta medieval. Debería dejarse este tipo de trabajo para ediciones de divulgación y no de investigación, aunque se ofrece con la edición crítica y la paleográfica la posibilidad de otro tipo de lecturas.

Al mismo tiempo parece muy oportuna la reproducción fotográfica del manuscrito, pues para muchos hispanistas que por su lugar de trabajo no tiene fácil acceso a este tipo de material, es material de alto valor. A propósito de esto recuerdo que no pude juzgar objetivamente la labor de Corominas con el *Libro del Buen Amor* hasta que dispuse de la edición de Edilán. Bastantes problemas presentan nues-

(4) Ed. Alvar, tomo I, p. 224.

tras obras medievales como para que tengamos que actuar ante la lectura como ante la religión: con fe.

El tomo III presenta las concordancias, la rima y los índices de frecuencia y es material que hay que manejar con referencia a los otros dos tomos para ir dándonos cuenta del inusitado trabajo que hay tras esta edición de Alvar. Las concordancias son material valiosísimo para continuar trabajando en los estudios de poética medieval, y de su lectura detenida se desprenden conceptos semánticos que apuntan a una determinada visión de la realidad, que explica cómo quizá inconscientemente el autor procedía con el material literario para estructurar su concepción del mundo. El índice de frecuencias apunta exactamente a lo mismo: la repetición del nombre Apolonio indica como la trama estructura el relato a través del personaje mito. Los parlamentos medievales, con ese gesto de la latina, recogen la abundancia del hablar, el sentido de la posesión. ofrece algunos verbos de alta frecuencia y la repetición de palabras de las áreas léxicas de maestro, ventura, vergüenza, pobre, vida, lo mismo los verbos de movimiento, etc., aportan un material utilísimo para un trabajo estilístico de primera magnitud.

Sería innoble tras tan importante trabajo reprochar nada a don Manuel Alvar, únicamente añadir que me hubiera parecido idóneo aquí el que hubiera introducido algunos estudios del mester, que ya ha publicado en otros sitios, para terminar así de integrar precisamente el texto en la historia literaria. Especialmente cara a la discusión de aquellos recientes descubrimientos de actividades económicas que ya había intuido M. Pelayo.—*MANUEL VILANOVA*.

FERNANDO SAVATER: *La infancia recuperada*, Madrid, Taurus, 1976, Col. Persiles, 98.

... porque odiosa canción era para mí aquel «uno y uno son dos, dos y dos son cuatro», en tanto que era para mí espectáculo dulcísimo y entretenido la narración del caballo de madera lleno de gente armada, y el incendio de Troya, y la sombra de Creusa.

San Agustín, *Confesiones*, I, XIII.

Todos hemos conocido un tiempo feliz en el que existir era correr aventuras sin término, luchar con fabulosas fieras, buscar tesoros en islas remotas, derrocar a tiranos infames y amar y ser amado por mujeres bellísimas. Después vino la vida, o lo que usurpa el nombre de tal, y nos enseñó su lección: el trabajo, la monótona sucesión de